

Pilar Malla

Hacer frente a la pobreza

EMAÚS 101

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Pilar Malla

Hacer frente a la pobreza

Colección Emaús 101
Centre de Pastoral Litúrgica



CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Rivadeneyra 6,7. 08002 Barcelona

Titulo original: *Fer front a la pobresa.*

Traducción: Quiteria Guirao

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

*No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.*

Primera edición: mayo de 2012

ISBN: 978-84-9805-559-7

D.L.: B - 16.501-2012

Imp.: Impulso Global Solutions, S.L.

Nuestra actitud frente a la pobreza

La convicción de que las cosas pueden cambiar

Empiezo por una afirmación inspirada en las teorías de Giovanni Sarpellon, un sociólogo experto en la lucha contra la pobreza en Europa: «Una política contra la pobreza no se dirige en primer lugar a las personas pobres, sino que tiende a cambiar los mecanismos que engendran y perpetúan las desigualdades. Pobreza y marginación se convierten en criterios inspiradores de una política global y no deben ser objeto de políticas sectoriales.»

Es cierto que las desigualdades existirán siempre, pero no es inevitable que estas desigualdades lleguen a producir y a mantener a la gente en una extrema pobreza. Una sociedad bien organizada debe evitarlo, aunque esto conlleve una disminución del desarrollo económico en términos absolutos. Hay desigualdades que no son aceptables éticamente.

Hace falta quizás la convicción de que el objetivo del desarrollo no debe ser un crecimiento puro y simple de la riqueza, sino un incremento de la riqueza que tienda a reducir las desigualdades existentes, combatiendo las causas más profundas de la pobreza, como el desempleo, las desigualdades de sueldos, las pensiones insuficientes...

La lógica parece ser «primero hay que producir» y después –siempre después– cambiará la situación de los pobres. Es necesario tener el valor de emprender una lucha valiente y coherente para cambiar el orden de prioridades. Cambiar la situación de los pobres buscando el desarrollo. Porque cabe preguntarse si se puede aprobar un progreso que se edifica sobre la injusticia o si este progreso es un verdadero progreso.

Nuestro primer mundo hasta hace muy poco estaba marcado por la crisis de las ideologías, por el proceso de globalización, por los aires posmodernos, por la emergencia de la «nueva pobreza», que confirma cada día más una sociedad dual que lleva a la civilización del consumismo, del miedo, de la competitividad, de la comodidad, de la ostentación, del estrés... Con el estallido de la crisis, no es fácil prever cómo actuar para contribuir a una sociedad más justa. A la hora de planificar el futuro, tendremos que tener presente también la incidencia de las políticas sociales en la población más empobrecida. Es un momento muy importante para demostrar la solidaridad social desde las Administraciones.

El espejismo del crecimiento económico

Un sistema de valores basado en la ganancia, la acumulación de riqueza y el individualismo más que en la solidaridad nos ha llevado hasta la actual crisis. Nuestro reto es ser capaces de cambiar estos valores y construir de otro modo.

Las tres ideas básicas del trasfondo de este sistema son:

1. El convencimiento de que el crecimiento económico y

la competitividad son los que permiten el desarrollo económico y el bienestar de los pueblos y de que así se obtiene una mayor calidad de vida.

En nuestra sociedad la competitividad acaba siendo el único componente de las relaciones humanas. Y un ejemplo claro lo tenemos en el comportamiento en el mundo del deporte y en el mundo de las empresas.

Creer económicamente es el criterio principal por el que se rigen los que toman decisiones económicas, sociales y políticas. Este criterio ha suplantado a otros que habían existido como son los de distribuir la riqueza que se había generado, dar oportunidades al acceso a los bienes y recursos y garantizar los derechos económicos y sociales.

2. También la introducción de nuevas tecnologías en los procesos de producción ha reducido la necesidad de mano de obra y ha permitido aumentar la productividad con unos costes menores y con menos riesgos de inestabilidad económica a medio y largo plazo. En consecuencia, el paro estructural y la precariedad en el trabajo han llegado a cotas muy altas.

Creer que la inestabilidad es la forma que adopta la competitividad en el mundo del trabajo y que los puestos de trabajo deberán ajustarse a las necesidades del mundo económico.

La inestabilidad en el trabajo tiene efectos sobre el consumo. Por un lado impide que se puedan satisfacer las necesidades básicas, y por otra, crea una barrera entre aquellos que pueden consumir y los que no pueden.

En otro orden de cosas, hay que recordar que en nuestro mundo de recursos limitados, el consumo o la explotación exagerada produce en el medio ambiente efectos irreversibles.

3. Creer que la felicidad se encuentra en el consumo: tanto tienes, tanto vales. La nuestra es una civilización del confort excesivo. En algunos terrenos, la investigación se inclina cada vez más por poner al alcance de quienes pueden pagar lo productos que evitan las más mínimas incomodidades, mientras que se olvida de las carencias de los pobres en cuestiones elementales. El resultado es que tenemos una gran cantidad de comodidades inútiles y, en cambio, faltan muchas cosas necesarias a los pobres.

Nuestra sociedad, que mide el triunfo por la capacidad de consumo y en la que el trabajo es escaso, ha generado una forma de actuar individualista y competitiva que ha dejado al margen los valores sociales, la cultura, la ética, y ha influido en la toma de opciones sociales, en los modelos culturales, en las identidades personales y en las decisiones políticas.

Estamos construyendo una sociedad donde el poseer prima por encima del ser, que potencia la competitividad en lugar de la cooperación, la fuerza en lugar de la solidaridad, la acogida y la ayuda. Se tiende a poner la capacidad y las cualidades personales al servicio de uno mismo en lugar de hacerlo en beneficio de la comunidad. Y esta forma de vivir es la que alimenta las raíces más profundas de la pobreza.

Si la capacidad de consumo, generadora de riqueza, es lo que cuenta, los «poderosos» son considerados los dinami-

zadores imprescindibles de la sociedad, y los pobres, que no pueden participar en el consumo, son considerados los generadores de unas inseguridades de las que nos tenemos que defender. Este modelo ético responsabiliza y culpabiliza a los excluidos de su situación de pobreza y marginación.

La pluralidad y la masificación son también características de nuestro tiempo. Aunque hablamos del pensamiento único, vivimos en una situación de diversidad de pareceres, de diversificación, de poca cohesión social. Los jóvenes, por ejemplo, piensan y actúan de forma completamente diferente a los adultos, los medios de comunicación nos ponen en contacto con las formas más diversas de vivir. La presencia de extranjeros entre nosotros es otra de las características de nuestro tiempo. Es una realidad que puede ser fuente de riqueza. Nadie agota la obra del Creador.

Los poderes políticos cada vez tienen menos fuerza ante los «poderes fácticos» económicos.

Las grandes multinacionales exportan las industrias peligrosas a los países del Tercer Mundo y también les venden fertilizantes y pesticidas que están prohibidos en nuestros países. Parece que todo sea válido en nombre de la competencia.

Sobriedad compartida

Es necesario, por tanto, que hagamos un cambio y que caminemos hacia una civilización que yo llamaría de la sobriedad compartida.

El mundo está enfocado de tal manera que no ganamos

la batalla para derrotar la pobreza. A pesar del espectacular desarrollo tecnológico, es el desierto de la miseria lo que va invadiendo el oasis del mundo rico, y no al revés. Y es que no basta con el desarrollo tecnológico, si simultáneamente todos nosotros no nos decidimos a rebajar nuestro injusto e imposible nivel de vida. Porque es evidente que el nivel de consumo de nuestras sociedades no es alcanzable para todos los países de la tierra. Y que, si todos los pueblos intentaran alcanzarlo, destruirían el planeta. La economía ya no puede definirse como la ciencia de producir más, sino como la ciencia de repartir lo que la tierra nos puede dar. Y para repartir tiene que haber una renuncia compartida.

Si continuamos como hasta ahora, los ricos serán cada vez más ricos y los pobres más numerosos y más pobres. E iremos creando cada vez más una civilización del miedo.

Cuentan que san Francisco de Asís dijo: «Si tuviéramos bienes, necesitaríamos armas para defenderlos». Pues si el 20% de la población mundial consume el 80% de la riqueza del planeta, es evidente que harán falta muchas armas para defender esta injusticia.

Si fuéramos capaces de renunciar a las armas, podríamos resolver todos los problemas de la miseria. Sería un camino muy fácil, pero somos incapaces de seguirlo, porque el miedo es un mal consejero, que nos impide ver lo que debemos hacer.

Vivimos en la civilización de la ostentación, de la mentira y del estrés. Un mundo en el que los medios de comunicación nos dan las verdades a medias, y nos explican las cosas según la óptica de los dueños del medio. Una civilización en la que siempre estamos corriendo, en la que

muchas personas viven al borde del infarto, la depresión o de cualquier otra enfermedad.

La opción por los pobres no puede ser una opción meramente personal. Debe ser también una opción comunitaria. Necesitamos, pues, pequeños núcleos comunitarios que hagan esta opción, porque es muy difícil mantenerse firme en este camino, si no se está vinculado a una comunidad. López-Aranguren decía: «No es posible vivir en soledad los valores que se han elegido. Es necesario compartírllos, de lo contrario se vive la frustración de lo que se ha dejado».

Es más importante para el Reino de Dios denunciar las situaciones de injusticia que explicar lo que hacemos. Dios ama a las personas, a todas las personas, y quiere el bien de todos.

Creo que para lograr un cambio de modelo de sociedad deberíamos, en primer lugar, poner en cuestión dos grandes «dogmas» actuales:

Primero: Creer que el bienestar de la mayoría del mundo occidental, a la larga, será alcanzable por todos.

Segundo: Tener por no negociable nuestro nivel de vida.

Un modelo de organización social y económica que tenga por finalidad el bienestar para todos, no sólo para una minoría, exige reformas estructurales y una voluntad política lúcida y eficaz. Creo que el desarrollo social sólo será posible si va unido al desarrollo cultural, económico, ecológico y espiritual. Es decir, si permite la satisfacción de las necesidades básicas, el ejercicio de los derechos, la participación en las decisiones que afectan a la comunidad, el crecimiento de la autonomía de las

personas, la distribución justa de la riqueza y, en esta época de movilidad y cambio social tan acentuado, la actitud abierta de la tolerancia.

Sensibilidad y responsabilidad social

Podemos distinguir tres niveles en las relaciones que condicionan y definen la organización de la sociedad: las relaciones de poder, las relaciones de justicia y las relaciones de gratuidad.

El Estado es la institución que detenta y ejerce el poder y quien tiene una responsabilidad decisiva en la orientación y la garantía de la buena distribución de los recursos de la sociedad. La actuación del Estado debe servir a la promoción de la integración, la cohesión y la igualdad sociales y debe favorecer la autonomía de las personas, familias y grupos, pero de una manera especial de los que viven en situación de pobreza, exclusión o riesgo social. De ahí la importancia de la política que se ejerce desde los ministerios que tienen a su cargo la salud, la educación, el fomento de la vivienda y la distribución de las pensiones.

Un segundo nivel en las relaciones humanas es el que se ejerce en torno al concepto de justicia. La conciencia social de hoy proclama con énfasis que la justicia debe basarse en el principio de la igualdad de todas las personas ante la ley. No siempre ha sido así. A lo largo de la historia han ido apareciendo leyes que han reflejado la evolución de las relaciones humanas hasta llegar a la definición de los derechos del hombre. Los derechos humanos, y los deberes que conllevan, son construcciones de la inteligencia humana, fruto de un esfuerzo creador

de la colectividad y que requieren también un esfuerzo para ser mantenidos. El hecho de que hayan sido promulgados no equivale a que sean respetados. Basta con que miremos a nuestro alrededor, que leamos los periódicos o que miremos las noticias en la televisión.

El tercer nivel en las relaciones humanas es el que se ejerce mediante la gratuidad. Este nivel supera lo que exigen las relaciones de justicia. Su motor no es lo que mueve la justicia, no es tampoco lo que exige la igualdad; la gratuidad se ejerce mediante la generosidad. Todos y todas conocemos ejemplos.

Hacia un nuevo modelo de solidaridad

Un sector importante de nuestra sociedad ha dado respuestas solidarias que han estructurado un modelo alternativo de sociedad, siempre en la línea de humanizar la existencia. Pero la respuesta solidaria no ha sido siempre la misma, siempre ha nacido condicionada por el medio de donde provenía.

Hoy también hay un nuevo modelo de solidaridad. No se trata de despreciar lo hecho hasta hoy ni de dar un paso atrás. Tampoco se trata de liberar al Estado de sus obligaciones. Se trata, eso sí, de introducir nuevos valores, no sólo en beneficio de la población pobre y excluida, sino de toda la humanidad. Reconocer la diversidad, el valor y la importancia de la afectividad, la defensa de la vida y los derechos humanos, el valor del voluntariado, el respeto a la naturaleza y el estigma del equilibrio ecológico, etc., son algunos de estos valores.

La tarea transformadora en estos momentos se cana-

lizará en una doble dirección: por un lado ampliar el grupo de personas solidarias; por otro, movilizar políticamente a los pobres y los excluidos para que ellos mismos sean agentes de una nueva manera de actuar políticamente.

Calidad de vida, paz y justicia

La paz y la justicia tienen relación con la verdadera calidad de vida. Pero sin paz interior, no habrá calidad de vida posible.

Y para reconstruir la paz interior debemos «ser justos», es decir, dar el tiempo y la importancia que se merece cada uno de los espacios de nuestra vida: justos con la familia, en las relaciones de trabajo, en la vida cívica...

No podemos vivir en paz si orientamos todos nuestros afanes a alcanzar el máximo bienestar posible, olvidando que a nuestro alrededor hay personas que sufren por ser víctimas de un sistema que genera y hace más graves las desigualdades existentes.

Y esto sucede en el Tercer Mundo, pero también muy cerca de nosotros.

Vivir en una sociedad pretendidamente rica a menudo oculta que se vive en una sociedad de gran pobreza moral.